



VAL McDERMID

UN ECO LEJANO

Son las cuatro de la mañana, mediados de diciembre, y una espesa capa de nieve cubre St. Andrews. Cuando Alex Gilbey y sus tres mejores amigos vuelven a su casa de una fiesta, se encuentran a una joven moribunda. Rosie Duff ha sido violada, apuñalada y abandonada en un cementerio. La policía consideró que eran los únicos sospechosos, pero no se encontró más prueba que les pudiera inculpar que la sangre que manchaba sus manos. A pesar de los interrogatorios a los que fueron sometidos, a pesar del acoso de la prensa y de sus vecinos, el caso se cerró sin resolverse. Veinticinco años después, la policía decide revisar antiguos casos sin resolver, entre los cuales está el de Rosie Duff. Pero alguien decide tomarse la justicia por su mano. Un miembro del cuarteto original muere en un incendio. Poco después, otro es asesinado. Alex teme lo peor. Alguien está vengando la muerte de Rosie Duff. Debe averiguar quién es antes de convertirse en la siguiente víctima.

Para aquellos que escaparon;
y para los demás,
en particular los integrantes del Club del Jueves,
que hicieron posible la huida.

*Ahora describo mi país como si hablase con
forasteros.*

De la canción de Deacon Blue *Orphans*, letra de
Ricky Ross

PRÓLOGO

Noviembre, 2003; Saint Andrews, Escocia

Siempre le gustó el cementerio al amanecer. No porque el alba ofreciese la promesa de un nuevo inicio, sino porque a esa hora tan temprana nunca había nadie más en los alrededores. Incluso en pleno invierno, cuando la pálida luz tardaba tanto en llegar, tenía garantizada la soledad. Sin miradas de curiosos que se preguntaran quién era o qué hacía allí, inclinado ante aquella tumba en particular. Sin guardas entrometidos que pusieran en duda su derecho a estar allí.

Había hecho un viaje largo y accidentado para llegar a su destino. Pero poseía una especial aptitud para sacar a la luz información. Obsesivo, lo llamarían algunos. Él se consideraba más bien persistente. Había aprendido a husmear en fuentes oficiales y no oficiales, y al final, tras meses de búsqueda, había encontrado las respuestas que andaba buscando. Por insatisfactorias que fueran, le habían proporcionado al menos un indicador. Para algunos, una tumba representaba un final. No para él. Él la veía como un principio. O algo así.

Siempre había sabido que la tumba por sí sola no bastaría. Así que había esperado, confiando en ver una señal que le indicara el camino. Y por fin había llegado. Cuando el cielo pasaba del color exterior al color interior de una concha de mejillón, se llevó la mano al bolsillo y sacó el artículo que había recortado del periódico local.

LA POLICÍA DE FIFE REABRE CASOS SIN RESOLVER

Según ha anunciado esta semana la policía, una operación de reapertura de casos sin resolver a gran escala permitirá revisar asesinatos cometidos en Fife en los últimos treinta años.

Sam Haig, jefe de policía, declaró que, gracias a los recientes adelantos forenses, casos que llevaban muchos años archivados volverán a abrirse con cierta esperanza de éxito. Antiguas pruebas en manos de la policía desde hace décadas se someterán a métodos tales como el análisis del ADN para ver si es posible algún avance.

El subjefe de policía (Homicidios), James Lawson, estará al mando de la operación. Según manifestó al *Courier*: «Las investigaciones de asesinato nunca prescriben. Por respeto a las víctimas y sus familias, debemos seguir trabajando en ellas.

»En algunos casos, teníamos razones sobradas para sospechar de alguien, pero no disponíamos de pruebas suficientes para atribuirle el delito. Con las técnicas forenses modernas, un simple pelo, una mancha de sangre o un resto de semen podrían proporcionarnos lo que necesitamos para conseguir una sentencia. Últimamente, en Inglaterra, se han llevado a juicio con éxito varios casos después de veinte años o más.

»Un equipo de inspectores experimentados concederán máxima prioridad a estos casos».

El subjefe Lawson no quiso revelar qué casos concretos ocuparán los primeros lugares en la lista de sus inspectores.

Pero entre ellos figurará sin duda el trágico asesinato de la adolescente Rosie Duff.

La muchacha de 19 años, natural de Strathkinness, fue violada, apuñalada, dada por muerta y abandonada en Hallow Hill hace casi 25 años. No se produjo ninguna detención en relación con este brutal asesinato.

Su hermano Brian, de 46 años, que vive aún en el domicilio familiar, Caberfeidh Cottage, y trabaja en la papelera de Guardbridge, declaró anoche: «Nunca hemos perdido la esperanza de que algún día el asesino de Rosie se enfrente a la justicia. En su día hubo sospechosos, pero la policía nunca encontró pruebas suficientes para detenerlos.

»Por desgracia, mis padres se fueron a la tumba sin saber quién cometió esa atrocidad con Rosie. Pero tal vez ahora obtengamos la respuesta que merecían».

Aunque podía recitar el artículo de memoria, le gustaba mirarlo. Era un talismán, y le recordaba que su vida ya no carecía de sentido. Durante mucho tiempo había deseado encontrar un culpable. Apenas si se había atrevido a esperar una venganza. Pero ahora, por fin, tal vez hallase satisfacción.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

1978; Saint Andrews, Escocia

Cuatro de la madrugada, pleno diciembre. Cuatro siluetas desdibujadas avanzaban con paso vacilante contra las ráfagas de nieve y el desapacible viento racheado del noroeste que azotaba el Mar del Norte desde los Urales. Los ocho inestables pies de los autodenominados Laddies fi' Kirkcaldy recorrían el acostumbrado atajo por Hallow Hill hasta Fife Park, la residencia más moderna de la Universidad de Saint Andrews, donde las camas eternamente deshechas bostezaban su bienvenida, las sábanas y mantas tiradas por el suelo como lenguas colgantes.

La conversación seguía por unos derroteros tan habituales como su recorrido.

—Os lo repito, Bowie es el rey —vociferó Sigmund Malkiewicz arrastrando las palabras, su rostro, por lo común impasible, distendido ahora por la bebida.

Unos pasos más atrás, Alex Gilbey se ciñó la capucha de la parka a la cara y rio para sus adentros mientras articulaba en silencio la respuesta que sabía que no diría.

—Y un huevo —dijo Davey Kerr—. Bowie es un mariconazo. Pink Floyd da sopas con onda a Bowie. *Dark Side of the Moon*, eso sí hizo historia. Bowie no ha hecho nada que se le parezca. —Con un gesto de impaciencia, se apartó de la cara de niño abandonado los largos rizos morenos, que le colgaban lacios bajo el peso de los copos de nieve derretidos.

Y entonces volvieron a la carga. Como hechiceros en un combate de conjuros, Sigmund y Davey se lanzaron mutuamente títulos de canciones, letras y acordes de guitarra en

la danza ritual de una discusión que sostenían desde hacía seis o siete años. Poco importaba que en los últimos tiempos la música que hacía vibrar las ventanas de sus habitaciones de estudiantes procediese por lo común de Clash, Jam o los Skids. Incluso sus apodos eran un reflejo de sus iniciales pasiones. Desde la primera tarde que se reunieron en la habitación de Alex después de clase para escuchar su recién adquirido *Ziggy Stardust and the Spiders from Mars*, fue inevitable que el carismático Sigmund pasase a ser Ziggy, el mesías leproso, para toda la eternidad. Y los demás tuvieron que conformarse con ser los Spiders. Alex se convirtió en Gilly, pese a sus protestas por considerar que era un apodo afeminado para un aspirante a la robusta constitución de un jugador de *rugby* como él. Pero si bien nadie dudaba que en su caso el apodo era puro azar, todos coincidieron en lo acertado de bautizar al cuarto miembro del cuarteto con el mote *Weird*, «Raro». Tom Mackie era raro, eso desde luego. Era el más alto del curso y sus largas extremidades, de movimientos desgarrados, parecían una mutación, cosa que estaba en perfecta armonía con su personalidad, ya que se complacía en ofrecer una imagen perversa.

De modo que Davey, leal a la causa de Pink Floyd, fue el único que se negó en redondo a aceptar un apodo extraído del canon de Bowie. Durante un tiempo lo llamaron sin mucho entusiasmo *Pink*, pero a partir del momento en que oyeron *Shine On, You Crazy Diamond* por primera vez, se acabó la discusión: Davey era de todas esas *Crazy Diamond*, un diamante loco, que despedía fuego en direcciones imprevisibles, lleno de aristas, y muy fuera de lugar cuando no se salía de su engaste. Y pronto ese mote, *Diamond*, degeneró en *Mondo*, y así siguió apodándose Davey Kerr hasta el final de ese curso en el instituto y luego en la universidad.

Perplejo, Alex cabeceó. A pesar de las brumas de la cerveza, se preguntó cuál sería el aglutinante que los había

mantenido a los cuatro unidos tanto tiempo. Solo pensarlo le despertó una sensación de afecto que alejó el penetrante frío, y en ese preciso momento tropezó con una raíz oculta bajo el blando manto de nieve. «Mierda», protestó, y fue a chocar contra Weird, que a su vez lo empujó. Alex salió despedido hacia un lado y por inercia, agitando los brazos para mantener el equilibrio, se tambaleó cuesta arriba por la ladera, eufórico de pronto por el contacto de la nieve en la piel enrojecida. Al llegar a lo alto, se encontró con una hondonada imprevista, perdió pie y dio con su cuerpo en tierra.

Algo blando amortiguó el golpe. Alex forcejeó para levantarse, apoyándose en aquello sobre lo que había caído. Escupiendo nieve, se frotó los ojos con los dedos entumecidos y respiró hondo por la nariz en un intento de despejársela. Miraba alrededor para ver qué había frenado su caída justo cuando las cabezas de sus tres amigos asomaron en la pendiente para regodearse de su ridícula calamidad.

Incluso en la inquietante penumbra creada por el tenue resplandor de la nieve, vio que aquello que lo había protegido en su caída no era un elemento botánico. El contorno de una forma humana era inconfundible. Los espesos copos blancos empezaban a derretirse al caer al suelo, lo que permitió a Alex ver que era una mujer, sus mechones de pelo oscuro húmedos estaban extendidos por la nieve como los bucles de Medusa. Tenía la falda remangada hasta la cintura, las botas negras de caña larga presentaban un peculiar contraste con las pálidas piernas. Unas extrañas manchas le salpicaban la piel y la blusa de color claro que se adhería al pecho. Alex se quedó mirándola atónito, luego se miró las manos y vio que también él tenía la piel teñida por esas mismas manchas oscuras.

Sangre. Tomó conciencia al mismo tiempo que la nieve se fundía en sus orejas y le permitía oír el leve pero estertóreo resuello de la respiración de la mujer.

—Dios mío —balbuceó Alex, e intentó alejarse del horror con que se había topado. Pero al retroceder a rastras tropezaba una y otra vez contra lo que parecían muretes de piedra—. Dios mío. —Alzó la vista con desesperación, como si ver a sus compañeros fuera a romper el hechizo y hacer que todo desapareciera. Se volvió otra vez hacia la terrible imagen en la nieve. No era una alucinación fruto de la borrachera. Era real. Miró de nuevo a sus amigos.

—Aquí hay una chica —gritó.

La voz de Weird Mackie flotó hasta él de manera fantasmagórica.

—¡Vaya una suerte, cabrón!

—Oye, que hablo en serio, está sangrando.

La risa de Weird traspasó la noche.

—Pues entonces no has tenido tanta suerte, Gilly.

Alex sintió crecer una repentina ira dentro de él.

—Esto no es broma, joder. Venid. Ziggy, ven aquí, tío.

A esas alturas percibían ya el apremio en la voz de Alex. Con Ziggy en cabeza, como siempre, repecharon a través de la nieve. Ziggy corrió cuesta arriba con movimientos espasmódicos; Weird se abalanzó precipitadamente hacia Alex, y Mondo se quedó en retaguardia, avanzando paso a paso con cuidado.

Al final, Weird cayó de cabeza sobre Alex y ambos fueron a parar encima del cuerpo de la mujer. Mientras agitaban los brazos, intentando zafarse, Weird reía tontamente.

—Eh, Gilly, nunca estarás tan cerca de una mujer.

—Has fumado más de la cuenta —dijo Ziggy, enfadado, y lo apartó para agacharse junto a la mujer y buscarle el pulso en el cuello. Lo encontró, pero era muy débil. Con la aprensión, se le pasó la borrachera de inmediato mientras asimilaba lo que veía en la tenue luz. Aún no era más que un estudiante de medicina de último curso, pero sabía reconocer una herida mortal cuando la veía.

Weird, en cuclillas, se reclinó hacia atrás y frunció el entrecejo.

—Eh, ¿sabéis dónde estamos? —Aunque nadie le prestó atención, prosiguió—: Esto es el cementerio picto. ¿Veis esos montículos en el suelo? Son las piedras que usaban como ataúdes. Joder, Alex ha encontrado un cadáver en el cementerio. —Y se echó a reír, un sonido misterioso en el aire, amortiguado por la nieve.

—Cierra la boca, Weird. —Ziggy siguió palpando el torso de la mujer hasta que sus dedos inquisitivos hallaron la desconcertante flacidez de la piel allí donde la surcaba una profunda herida. Ladeó la cabeza para intentar examinarla más detenidamente—. Mondo, ¿tienes un mechero?

Mondo se acercó a regañadientes y sacó su encendedor. Accionó la ruedecilla y, con el brazo extendido, recorrió el cuerpo de la mujer con la débil luz hasta llegar a la cara. Con la otra mano, se tapó la boca en un vano intento de contener un gemido. Horrorizado, abrió desorbitadamente los ojos azules y la llama tembló en su mano.

Ziggy tomó aire con una brusca aspiración y sus facciones adquirieron un aspecto inquietante bajo la trémula luz.

—Mierda —dijo con voz ahogada—. Es Rosie, la del bar Lammas.

Alex creyó que no era posible sentirse peor. Pero las palabras de Ziggy fueron como un puñetazo en el estómago. Con un leve gemido, se volvió y vomitó en la nieve una mezcla de cerveza, patatas fritas y pan de ajo.

—Hay que pedir ayuda —propuso Ziggy con firmeza—. Sigue viva, pero tal como está no aguantará mucho. Weird, Mondo, quitaos los abrigos. —Mientras hablaba, él mismo se despojó del chaquetón de piel de becerro y lo colocó con delicadeza alrededor de los hombros de Rosie—. Gilly, tú eres el más rápido. Ve a pedir ayuda. Busca un teléfono. Saca a alguien de la cama si es necesario. Haz lo que sea para que vengan, ¿entendido? ¿Alex?

Aturdido, Alex se obligó a ponerse en pie. Bajó por la cuesta torpemente, revolviendo la nieve con los pies en sus esfuerzos por mantener el equilibrio. Salió de entre los ár-

boles bajo la luz de las farolas que delimitaban la más reciente calle sin salida de la nueva urbanización construida en los últimos cinco años. Debía volver sobre sus pasos, ese era el camino más rápido.

Con la cabeza gacha, Alex echó a correr ágilmente por el centro de la calle, intentando olvidar la imagen que acababa de ver. Le fue tan imposible como mantener un ritmo constante en su trote por la nieve en polvo. ¿Cómo era posible que aquella horrenda visión entre las tumbas pictas fuese Rosie, la del bar Lammas? Habían estado allí bebiendo esa misma noche, alegres y bulliciosos en el cálido resplandor amarillo del bar, despachando pintas de Tennent's, sacando el máximo provecho a su libertad de estudiantes universitarios antes de tener que volver a las opresivas restricciones de las Navidades con sus familias a 50 kilómetros de allí.

Él mismo había hablado con Rosie, flirteando con la torpeza propia de un muchacho de veintiún años que no sabe si todavía es un niño bobalicón o es ya un hombre mundano hecho y derecho. Le había preguntado, no por primera vez, a qué hora salía. Hasta le había dicho a qué fiesta irían después. Había anotado la dirección en el dorso de un posavasos y lo había deslizado hacia ella por la barra húmeda. Ella le había sonreído con expresión de lástima y lo había cogido. Alex sospechaba que lo había tirado directamente a la basura. Al fin y al cabo, ¿qué habría querido una mujer como Rosie de un inexperto como él? Con su cara y su cuerpo, tenía dónde elegir, y no escogería a un estudiante sin un céntimo que intentaba estirar el dinero de la beca hasta fin de curso y en vacaciones trabajaba aprovisionando los estantes de un supermercado.

¿Cómo era posible, pues, que esa fuera Rosie, tumbada y desangrándose en la nieve en Hallow Hill? Ziggy debía de haberse equivocado, se repitió Alex mientras giraba a la izquierda en dirección a la carretera principal. Cualquiera podía confundirse bajo el parpadeante resplandor del encen-

dedor de Mondo. Y tampoco es que Ziggy se hubiera fijado mucho en la camarera morena. Eso lo había dejado en manos del propio Alex y de Mondo. Seguro que solo era una pobre chica que se parecía a Rosie. Eso debía de ser, se dijo para tranquilizarse. Un error, sin duda se trataba de eso.

Alex vaciló un momento y, conteniendo la respiración, se preguntó hacia dónde ir. Había muchas casas cerca, pero ninguna con la luz encendida. Aunque pudiera despertar a alguien, dudaba de que ese alguien abriera la puerta en medio de una nevada a un joven sudoroso que olía a alcohol.

De pronto se acordó. A esa hora de la noche siempre había un coche patrulla aparcado junto a la entrada del jardín botánico, a solo medio kilómetro de allí. Lo habían visto muchas veces al volver a casa tambaleándose a altas horas de la noche, conscientes de que el único ocupante del vehículo los observaba mientras ellos intentaban disimular la borrachera. Al verlo, Weird siempre empezaba a despotricar contra la corrupción y ociosidad de la policía. «Deberían ir a por los villanos de verdad, pillar a esos individuos grises trajeados que nos estafan a todos, en lugar de pasarse la noche ahí sentados con un termo de té y una bolsa de bollos, esperando trincar a un borracho que mea en un seto o a un gilipollas que sobrepasa el límite de velocidad al volver a casa. Vagos de mierda...». Bueno, quizá parte del deseo de Weird estaba a punto de hacerse realidad. Porque por lo visto esa noche el vago de mierda del coche iba a recibir algo más de lo que se esperaba.

Alex se volvió hacia el Canongate y echó a correr otra vez, oyendo crujir la nieve recién caída bajo sus botas. Al sentir una punzada en el costado, lamentó haber dejado los entrenamientos de *rugby*, y su trote degeneró en una sucesión de irregulares brincos a la vez que intentaba llenarse los pulmones de aire. Solo unos cuantos metros más, se dijo. No podía detenerse, cuando quizá la vida de Rosie de-

pendía de su velocidad. Miró hacia delante, pero la nieve había arreciado y apenas veía más allá de un par de metros.

Casi se dio de bruces con el coche patrulla antes de verlo. Aun mientras el alivio invadía su cuerpo empapado de sudor, la aprensión le atenazó el corazón. Con la mente despejada por la impresión y el esfuerzo, Alex tomó conciencia de que no tenía en absoluto el aspecto de un ciudadano respetable que denunciaba un delito. Estaba despeinado y sudoroso, manchado de sangre y tambaleándose. Tenía que convencer de algún modo al policía, ya a medio salir de su coche, de que aquello no era una broma ni imaginaciones suyas. Aflojó el paso a medio metro del coche, procurando no parecer una amenaza, en espera de que el policía acabara de salir.

El agente se ajustó la gorra sobre el pelo corto y moreno. Inclinando la cabeza a un lado, observó a Alex con cautela. Aunque oculta bajo el grueso anorak del uniforme, Alex percibió la tensión en su cuerpo.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó. Pese a dirigirse a él con un término tan condescendiente, no parecía mucho mayor que el propio Alex, y transmitía una inquietud que no casaba con su uniforme.

Alex intentó controlar la respiración, pero no pudo.

—Hay una chica en Hallow Hill —anunció a borbotones—. Ha sufrido una agresión. Está desangrándose. Necesita ayuda.

El policía, ceñudo, entrecerró los ojos para protegerse de la nieve.

—Dices que ha sufrido una agresión. ¿Cómo lo sabes?

—Está manchada de sangre por todas partes. Y... —Alex hizo una pausa para pensar—. No lleva ropa apropiada para el tiempo que hace. No tiene abrigo. Oiga, ¿puede llamar una ambulancia o a un médico o algo así? Está muy mal.

—¿Y dices que te la has encontrado en medio de la ventisca? ¿Has bebido, hijo? —Eran palabras condescen-